

Angustia de una generación literaria

Por Vicente SALAS VIU

La labor que vienen desarrollando los escritores españoles emigrados en los países de Europa y América que los acogieron a partir de 1939, es de tan vastas proporciones, significa una aportación tan considerable a la cultura de nuestro idioma, que por nadie ha podido ser desconocida. En el conjunto de actividades de la emigración republicana, no es el menor timbre de gloria el que representa la obra de los escritores. La literatura española contemporánea se mantiene con originalidad y fuerza principalmente por cuanto los emigrados han sido capaces de hacer, dentro de las adversas circunstancias en que vive la mayoría desde hace diez largos años.

El balance de esa aportación, en la creación literaria sobre todo, es tentador y, con más o menos limitaciones, ha sido hecho por hispanoamericanos y españoles que sintieron el legítimo orgullo de comprobar hasta qué punto es fecunda en este aspecto la España desterrada o peregrina. De lo que no se ha hablado, es del esfuerzo y los sacrificios con que la ingente tarea se cumple. Examen que valdría la pena acometer con espacio y hondura, aunque no más fuera que por lo aleccionador de sus ejemplos. No es tampoco este mi propósito en las líneas que siguen, sino otro mucho más limitado que, dentro de aquel general, se impone por los caracteres angustiosos que presenta, cuestión de vida o muerte que es, en suma, para la continuidad de esta literatura.

Cuando la derrota de la República Española se produjo con la caída de Madrid, en marzo de 1939, dos grupos de escritores se desterraron por fidelidad al auténtico espíritu español y al pueblo de que forman parte. Un grupo lo integraban escritores, no importa su edad, que habían alcanzado la plenitud; muchos de ellos valores universales, como Antonio Machado o Juan Ramón Jiménez. En el otro grupo, figuraban los escritores de la que bien puede llamarse nueva generación de la República, puesto que hacia 1931 hicieron sus primeras armas y en los años que corren hasta el destierro, incluidos los de la guerra, empezaban a destacarse con personalidad, más pronunciada en unos u otros casos.

Escritores que contaban veinte años en 1931 y se acercaban a los treinta en 1939, habían ofrecido una labor copiosa, esparcida en revistas como "Cruz y Raya", "Revista de Occidente", "El Diablo Mundo" y "Nueva España", y en las secciones literarias de diarios como "El Sol", "Diario de Madrid", "Crisol" y otros; también algún primer libro de poemas, cuentos, novelas, ensayos. Los años estremecidos de la nueva república caldeaban su creación. Al abrirse la guerra, sin excepciones, los escritores de esa generación juvenil sumaron su ardor al del pueblo en armas. Supieron ser soldados y escritores, dando lo primero mayor vigor a lo segundo, en vez de disminuirlo. Las publicaciones que sostuvo la Alianza de Intelectuales en Madrid y Valencia, desde "El Mono Azul", nacido en los comienzos de la lucha, a "Hora de España" o los "Cuadernos de Madrid"; los escritos recogidos en los diarios y semanarios de las unidades militares en los frentes; las obras interpretadas en los teatros "de urgencia", como los calificó Rafael Alberti, — cuyo ejemplo más alto está en lo pronto famosas "Guerrillas del Teatro", — atestiguan lo vario y lo intenso de esa juvenil pléyade de escritores, lo profundo de su contenido humano, el genio literario que, muchas veces, en obras aisladas se descubre. Miguel Hernández, Serrano Plaja, Lorenzo Varela, Antonio Aparicio, Juan Rejano, Herrera Petere, Sánchez Barbudo, Germán Bleiberg, se unen a las personalidades prestigiosas de Antonio Machado, León Felipe, Rafael Alberti, José Bergamín, Rafael Dieste, Manuel Altolaguirre, Luis Cernuda, Benjamín Jarnés, Esteban Salazar Chapela, César Arconada, para dar su sello y carácter a la literatura de la Guerra de España.

Al llegar al destierro ambos grupos, disminuidos en los que rindieron sus vidas en el conflicto español (+), la generación de los valores en plenitud prosigue su obra, con desigual fortuna. El grupo juvenil, casi por entero desaparece o las muestras de su vida son esporádicas. ¿Causas de ello? Muchas, sin que ninguna se deba a que ese conjunto de escritores haya cesado en su labor ni perdido impulso, que como

ascendente se manifiesta en las escasas producciones de ellos acogidas por las editoriales americanas.

Sobre las persecuciones, declaradas o encubiertas, que han pesado y pesan sobre la emigración republicana, a favor de una turbia política internacional, y sobre los problemas connaturales al desarraigo, los escritores de la generación joven se han visto frente a la resuelta oposición de una compleja serie de factores. Los principales pueden compendiarse en el desinterés de las editoriales por la obra de unos escritores cuya difusión les acarrea problemas sin plenas garantías de suficiente retribución material. ¡Además de escritores jóvenes, son españoles y republicanos! ¿Quién podrá vencer tan desmedrada situación dentro de los hábitos, absolutamente comerciales, que rigen a las editoriales americanas y, lo que es peor, el "criterio" de sus asesores literarios? La respuesta, harto triste, nos la ofrece la realidad de los diez años cumplidos de destierro. Ni uno solo de los escritores nombrados, dentro del grupo que califico de generación nueva de la República, ha publicado más de una obra de creación literaria, poemas, novelas o cuentos; obras, además, salidas a luz a los seis u ocho años de que fueron escritas, lo que no deja de ser ilustrativo sobre el forcejeo en que se vieron empeñadas hasta lograr un resquejio hacia la publicidad en los cerrados intereses de las casas productoras. Así ha ocurrido con "Del cielo y del escombros", de Serrano Plaja; con "Sueños de Grandeza", de Sánchez Barbudo; con "Cumbres de Extremadura", de Herrera Petere; con "Fidelidad del Sueño", de Juan Rejano; con "Torres de Amor", de Lorenzo Varela; con "Hábita del Pez y de la Estrella", de Antonio Aparicio; con "La Rama Viva", de Francisco Giner, etc.

Es cierto que cada uno de los escritores nombrados ha podido publicar libros de ensayos o de crítica, monografías y tratados sobre arquitectura, pintura, música; biografías, estudios históricos. En este sentido, cuando la sensibilidad y la cultura de los jóvenes escritores era susceptible de una "aplicación práctica" para los editoriales, se les franquearon sus puertas.

Que las editoriales americanas, y con mayor motivo las europeas de distinta lengua, hayan usado para los emigrados españoles un rasero todavía más bajo que aquel con que admiten las obras de los jóvenes escritores nacionales, tiene una explicación, por dolorosa que sea, dentro de las normas que en el presente rigen las actividades culturales. Lo que ya no se justifica, es que sea idéntica la actitud de editoriales donde figuran como propietarios y en la dirección literaria, españoles republicanos. Algunas de éstas existen, florecientes además, en América; no hace falta nombrarlas. En Buenos Aires son más de tres o cuatro. Editoriales que, de una parte, han enriquecido sus catálogos, que abarcan millares de títulos, con las obras completas de Galdós, Valle Inclán, García Lorca, Machado, Alberti, etc., y de otra parte, como rara excepción, han publicado traducciones o alguno de esos que llamo "trabajos prácticos", — es decir, sin riesgo editorial, — de los escritores de la nueva generación republicana.

¿No sería lo honesto, incluso desde su bien defendido punto de vista comercial, reservar un mínimo de las ganancias que obtienen con los consagrados de la literatura española, a que ésta no se extinga en sus brotes recientes? La amenaza y la angustia que pesan sobre toda una generación literaria, — no sobre éste o aquel escritor, sino sobre toda una generación, — debería encontrar un cierto eco, por discreto que fuera, en los que han cifrado su negocio sobre las letras castellanas. Ni los que más cerrados tengan la razón por las ganancias inmediatas y seguras que producen los valores literarios inmarcesibles de nuestra lengua, pueden creer que ahí termina lo que el espíritu español es capaz de crear en estos campos.

V. S. V.

(+) García Lorca, fusilado en los primeros meses de la guerra por los franquistas; Miguel Hernández, muerto en las cárceles de Franco; Antonio Machado, muerto a poco de cruzar la frontera, por los padecimientos de la emigración y el destierro.